

Juan Antonio García Villa

## Voto nulo en los comicios legislativos

**E**n las últimas tres semanas se ha registrado una oleada de comentarios en torno al llamado voto blanco o anulación del sufragio el próximo 5 de julio, que uno no sabe ya qué pensar. De entrada resulta casi imposible llevar un recuento de los que han expresado su opinión sobre este asunto.

Se tiene integrado un voluminoso cartapacio con el texto de los artículos sobre el punto. Ni siquiera tiene sentido una relectura de éstos. La mayoría de sus autores son columnistas reconocidos y analistas con gran influencia en la opinión pública.

Hasta últimas fechas se ha percibido, aunque en condición de notoria minoría, la presencia de quienes sostienen el punto de vista contrario.

En síntesis, las ideas que manejan quienes pugnan por el voto blanco son las siguientes: se tiene —dicen— un pésimo sistema de partidos; ninguno de éstos, ni sus candidatos, merecen el voto ciudadano. Ni siquiera vale la pena sufragar por el menos peor.

Se ha llegado a esta lamentable situación, de claro desencanto democrático, por la creciente corrupción en los partidos, de-

bida, entre otras causas, a la no rendición de cuentas al electorado. A su vez, ésta tiene su origen en la disposición absurda que impide la reelección de diputados y senadores, así como en la prohibición de las candidaturas independientes.

Adicionalmente, no falta quien ha opinado que el ejercicio hoy recomendado a los votantes bien vale la pena para conocer sus resultados y tomarlos en cuenta para la elección verdaderamente importante, que es la de 2012, por ser presidencial.

Señores, como dice *El Quijote*, vámonos poco a poco y por partes. Es cierto que el sistema mexicano de partidos tiene muchas deficiencias.

Al efecto ha de considerarse

que es incipiente, que está en formación y muy influido por el pasado reciente, el de la época del autoritarismo priista,

subsistente, por cierto, en algunos estados, que alentaba la formación de partidos paleros para simular democracia y hacerle el juego al otrora partido oficial. Se ven residuos de este pasado en al menos un par de los actuales partidos.

Que la no reelección consecutiva de legisladores se ha constituido en una barrera a la rendición de cuentas, es una verdad de a kilo. Ha bloqueado la necesaria comunicación entre representantes y electores. Y, peor aún, ha trasladado esa relación a las camarillas de los partidos, por ser éstas las que deciden el reparto de candidaturas y no la preferencia de los votantes.

La solución, dicen, está en abolir la no reelección. La apreciación es correcta, como lo han apuntado desde hace tiempo varios de los politólogos mexicanos más lúcidos. Sin embargo, la

idea no goza de popularidad. Y no la tiene por la feroz crítica, a veces injusta, contra diputados y senadores.

Lo paradójico del caso es que la posible solución es por ello impopular. Levántese al efecto una encuesta y se comprobará el abrumador rechazo de la población a la reelección de legisladores. Más que como solución, la gente la verá como un premio a la haraganería de diputados y senadores.

Por otro lado, pensar en candidaturas independientes al margen de los partidos, con todo lo que ello implica en materia de financiamiento público, espacios en los medios y demás, es desconocer lo dicho por quienes saben e ignoran la realidad.

Giovanni Sartori, uno de los tratadistas contemporáneos más reconocidos, ha enfatizado que la democracia sólo funciona a través de partidos.

Además se olvida que especímenes como Fujimori, hoy en prisión, y Hugo Chávez tuvieron su origen en las llamadas candidaturas independientes. Peor aún, si a los partidos no es fácil hacerles rendir cuentas, menos lo será con los ciudadanos —por ilustres que sean— que hoy están y mañana ya no.

Un comentario final sobre la idea de que como estas elecciones son intrascendentes, porque sólo se eligen diputados, bien vale la pena ensayar el voto anulado ahora y no las presidenciales de 2012, que sí son importantes. ¡Qué ceguera! No se ha caído en la cuenta, luego de la alternancia, que ahora la centralidad política está en las cámaras, donde se atorán las grandes reformas. ¿Cuánto tiempo tardaremos en darnos cuenta de esto?

Miembro del PAN

